

## CAPITULO LXX.

## Fray Bartolomé de Olmedo.



A carta que Hernan Cortés dirigió á Pánfilo de Narvaez estaba concebida en los términos más amistosos. Informábale en ella del estado en que tenia su conquista, describiéndole detalladamente las provincias que habia sujetado, la sagacidad y valentía de sus naturales, y el poder y grandezas de Moctezuma.

Dábale á entender cuánto se debía recelar que los mexicanos, gente advertida y belicosa, llegasen á conocer discordia entre los españoles, porque sabrian aprovecharse de la ocasion y destruir ambos partidos para sacudir el yugo forastero.

Finalmente, le decia que para excusar lances y disputas, convendria que sin más dilacion le hiciese notorias las órdenes que llevaba, porque si eran del rey estaba pronto á obedecerlas, dejando en sus manos el baston y el ejército de su cargo; pero si eran de Diego de Velazquez, debian ambos considerar con igual atencion lo que aventuraban, porque á vista de una independencia en que se interponia la causa del rey, hacian poco bulto las pretensiones de un vasallo, que se podrian ajustar á ménos costa, siendo su ánimo satisfacerle todo el gasto de su primer avío, y partir con él, no solamente las riquezas sino la misma gloria de la conquista.

En este sentir concluyó su carta, y pareciéndole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender que no se valia de la razon

porque le faltasen las manos, y que de la misma suerte que sabia ponderarla, sabia defenderla.

Con esta carta, y resuelto á emplear sus buenos oficios, se presentó fray Bartolomé de Olmedo á Pánfilo de Narvaez.

Aquella vez no quiso el enemigo de Hernan Cortés recibir á su embajador en presencia de sus capitanes.

La entrevista se celebró á solas, y desde el primer momento, á pesar del carácter religioso del embajador, le trató con aspereza, obligándole á que reconociera su superioridad.

Despues de saludarle cortesmente fray Bartolomé de Olmedo, puso en sus manos la misiva, y no haciendo atencion de la actitud de Pánfilo de Narvaez, que empezaba siendo un verdadero desaire:

—Bien comprendereis, le dijo el eclesiástico, que he aceptado con gusto esta mision, porque es una mision de paz.

Deseo, pues, sêr mediador, y confio en que las declaraciones que en esta carta os hace Hernan Cortés, y mi intercesion servirán para evitar luchas desastrosas, que Dios no puede consentir, y que solo servirán para descrédito de la buena causa, que nos ha apartado de la madre patria y nos ha traído aquí á conquistar á estos hombres, no solo para nuestro rey y señor, sino principalmente para nuestra santa religion.

No contestó á estas palabras Pánfilo de Narvaez.

Cogiendo la carta de las manos del eclesiástico, leyó sin mandarle sentar, y despues de leerla, abandonándola con desprecio:

—¿Qué teneis que decirme? añadió.

—Por la lectura de esa epístola, dijo fray Bartolomé, estais informado de los triunfos que con el auxilio de la Providencia ha conseguido Hernan Cortés.

No es, pues, un rebelde como supone el gobernador de Santiago de Cuba; y por su parte, accederá á todas vuestras pretensiones, siempre que sean razonables y convenientes.

—¿Es decir, que se figura que voy á dar oídos á sus pretensiones? Está muy equivocado.

Yo soy representante de Diego de Velazquez, y no puedo pactar con un rebelde.

La mision del ejército que he traído es su castigo, y le castigaré.

—Ved, insistió fray Bartolomé de Olmedo, que si provocais una lucha entre hermanos, incurrís en una gran responsabilidad.

Pensad que como españoles nos conviene más, y de seguro interesa más á don Diego de Velazquez, que las fuerzas que ha puesto á vuestra disposicion se unan con las que tiene Hernan Cortés para contribuir á la conquista del vasto imperio que, si no con las armas, con la perseverancia y el talento ha puesto ya Hernan Cortés en posesion del rey nuestro señor.

No habeis de ser tan ciego observador de órdenes dictadas por el enojo, que desentendiéndoos de la situacion en que hallais á vuestro enemigo, no pidais consejo á vuestra prudencia en provecho de nuestra causa.

—No creo, contestó con severidad Pánfilo de Narvaez, que os hayan mandado ejercer las funciones de misionero conmigo.

Harto sé mi obligacion, y la cumpliré.

Por de pronto, declararé traidores á cuantos sigan y defiendan á Hernan Cortés, y en seguida, con las fuerzas que traigo, arrebataré de sus manos las conquistas que ha conseguido, razon por lo cual vuestra embajada ha terminado.

—Pensad lo que decís, insistió el religioso; ved que ántes de llegar á México hallareis grandes poblaciones de indios guerreros, aliados de Cortés, que tomarán las armas en su defensa; no creais que es cosa fácil apoderarse de su persona.

Todos los españoles que están bajo sus órdenes han resuelto perecer con él, y el mismo emperador de México le auxiliará contra vos.

Si tal sucede, podrá poner á sus órdenes un ejército por cada uno de los soldados que traeis.

—No parecen de paz vuestras palabras. ¿Me amenazais?

—No por cierto; no hago más que advertiros las dificultades.

Pero al mismo tiempo que os las advierto, os pido encarecidamente que no provoquéis una lucha sangrienta y deplorable para todos.

—Mi resolucion es irrevocable.

—Meditadlo ántes; no son estas cosas para resolverlas por la primera impresion.

Confio en que mi carácter me proporcionará vuestro amparo, y en esta creencia permaneceré uno ó dos dias en vuestro cuartel general aguardando vuestra resolucion.

La seguridad, la serenidad con que fray Bartolomé de Olmedo pronunció estas palabras, contuvieron á Pánfilo de Narvaez, el cual no respondió más que con el saludo á las frases que sirvieron al religioso para despedirse de él y salir de la estancia.

Inmediatamente, y con arreglo á las instrucciones que habia recibido de Hernan Cortés, habló al licenciado Lucas Velazquez de Ayllon y a Andrés del Duero.

Estos, que formaban parte de la expedicion con el único objeto de contrarestar las tendencias de Pánfilo de Narvaez, y que al saber por el licenciado Guevara el estado de los asuntos de Hernan Cortés se pusieron más y más en su favor, recibieron con alegría la visita de fray Bartolomé de Olmedo, y le aseguraron que emplearian toda su influencia para obtener la paz.

Conocia el religioso á algunos de los capitanes que estaban á las órdenes de Narvaez, y aprovechó estas dilaciones para ponerlos de parte de Hernan Cortés.

Al mismo tiempo repartió entre ellos algunas joyas de las que le habia dado el caudillo con este objeto, y despues de explorar los ánimos, se convenció de que no seria difícil llegar á una avenencia.

Pero Narvaez se enteró de lo que pasaba, y comprendiendo que la estancia de fray Bartolomé de Olmedo podia destruir sus planes, le llamó inmediatamente á su presencia, y con el rostro descompuesto, con la voz desentonada, con todos los síntomas de la indignacion:

—Sois un traidor, le dijo, que os valeis del ministerio que ejerceis para libraros de mi castigo, y aprovechais esa circunstancia para amotinar á mis soldados, para sobornar á mis capitanes, para desmoralizar á mi ejército.

Pero al obrar de esa manera ignorais quién soy, y que tengo valor suficiente para olvidarme de las sagradas órdenes que habeis recibido, exoneraros y trataros como al último de los criminales.

—Reportaos, dijo el eclesiástico. No teneis razon para tratarme de esa manera.

—Pero tengo derecho para castigaros, y os castigaré.

Inmediatamente mandó llamar á dos soldados para que le prendiesen.

Andrés del Duero llegó á tiempo de estorbar que se consumiese aquel acto.

Intercedió encarecidamente en favor de fray Bartolomé de Olmedo, y pudo conseguir que en vez de aprisionar al embajador de Hernan Cortés, se limitase á desterrarle de Zempoala.

Daba estas órdenes Pánfilo de Narvaez casi al mismo tiempo que penetró en la estancia Lucas Velazquez de Ayllon.

Enterándose de lo que pasaba, procuró primero calmar la exacerbacion de Pánfilo de Narvaez, y le dijo despues:

—Creo, si no lo llevais á mal, que ántes de tomar una resolucion, seria bueno que reunierais á todos los capitanes que están á vuestras órdenes, y en una junta se acordase la respuesta que debemos dar á Hernan Cortés.

El se muestra inclinado á la paz, segun me han manifestado;

no son pocos vuestros capitanes los que se inclinan tambien á una transaccion.

—¿Por qué renunciar á una avenencia que puede hacerse en términos decorosos para todos?

—De ningun modo, dijo Pánfilo de Narvaez. Yo no necesito oír el parecer de nadie para resolver. Tengo plenos poderes, y estoy decidido á cumplir la mision que he traído aquí.

—Es que quizás no todos os acompañen.

—El que tal haga será un traidor.

—Y si yo estuviera en ese caso, dijo Vazquez de Ayllon, ¿me considerais como tal?

—Sin duda alguna.

—Pues bien; en ese caso pensad que no soy yo solo; que todos, despues de saber la conducta que ha observado Hernan Cortés, los triunfos que ha conseguido, los actos heróicos que ha llevado á cabo, no podemos considerarle como un rebelde, ni acompañaros en la descabellada empresa que intentais.

Pánfilo de Narvaez no pudo contenerse entónces.

—Vuestro carácter os da la impunidad, exclamó; pero no importa. Yo haré que se cumplan mis órdenes. Que venga inmediatamente el pregonero.

Apénas se presentó:

—Pregonad la guerra á sangre y fuego, le dijo, contra Hernan Cortés; declaradle traidor al rey, y anunciad que daré mil ducados al que le prenda ó le mate.

El pregonero salió á obedecer las órdenes de Pánfilo de Narvaez.

Pero Lucas Velazquez de Ayllon, no pudiendo tolerar semejante desacato, mandó en nombre de la autoridad que tenia que cesasen los pregones, é hizo notificar por medio de un escribano real á Pánfilo de Narvaez que no se moviese de Zempoala so pena de la vida, ni emplease las armas sin preceder el acuerdo de todo el ejército.

También ordenó á todos los capitanes y soldados que desobedecieran á Pánfilo de Narvaez.

Ciego este de cólera al ver que de aquella manera se oponia á sus designios, saltando por todas las consideraciones y arriesgando el todo por el todo, envió cuatro soldados para que se apoderasen del licenciado Velazquez de Ayllon, llevándole á bordo de una de las carabelas y disponiendo que le condujesen inmédiatamente á Santiago de Cuba.

Consternados estaban los capitanes, y no sabian qué resolucion tomar, cuando fray Bartolomé de Olmedo, invocando la calidad del personaje á quien de tal manera habia tratado Pánfilo de Narvaez, les excitó á presentarse á su jefe para que revocase aquella orden.

Era ya tarde. Pero produjo tan honda sensacion en el ejército, que puede decirse que malquistándose con él, inclinó el ánimo de los capitanes y los soldados á favor del hombre á quien iba á perseguir.

## CAPITULO LXXI.

### El prestigio del valor.



Partió fray Bartolomé de Olmedo para dar cuenta á Hernan Cortés de todo lo que pasaba, y las nuevas que le dió no le parecieron del todo desfavorables.

En efecto: la actitud que habia observado Lúcas Velazquez de Ayllon, los buenos oficios de Andrés del Duero, la irritacion que habia producido en algunos de los capitanes la prision del oidor, y hasta las noticias que acerca del carácter rígido y severo de Pánfilo de Narvaez le daban, le hicieron creer que sus enemigos no eran tan formidables como creia al pronto; pero no por eso desistia de su propósito de no medir sus armas con los españoles.

De todos modos, necesitaba avanzar en su camino, y buscó al presidente del Senado de Tlaxcala para ver si podia contar con el auxilio de hombres que le habia pedido.

Una grave enfermedad que experimentaba en aquellos momentos Xicotencal fué causa de que los soldados más aguerridos de Tlaxcala se negaran á pelear al lado de los españoles.

Pero ya que no podian los tlaxcaltecas auxiliarles con hombres de guerra, pusieron á disposicion de Hernan Cortés hasta doscientos indios de carga, para que los ayudasen en la expedicion.

Despues de oir las mayores seguridades de amistad y los mejores deseos en favor de su causa por parte de los senadores de Tlaxcala, partió Hernan Cortés con su ejército, y despues de

dos jornadas, se detuvo en Matalequita, pueblo importante, aliado de los tlaxcaltecas, situado á doce leguas de Tlaxcala.

Allí se detuvo, porque el cacique de Chinantla, ciudad no muy distante de Matalequita, que por lo que habia oido hablar de los españoles los tenia en gran estimacion, envió un mensaje á Hernan Cortés, anunciándole que habia sabido con pena que los tlaxcaltecas se habian negado á combatir en su compañía; pero que él estaba dispuesto á enviarle dos mil indios, porque deseaba una ocasion de obtener la amistad de los españoles.

Agradeció este ofrecimiento Hernan Cortés, se apresuró á aceptarle, y resolvió aguardar á que llegaran los indios de Chinantla, lo cual le dió ocasion de conocer más á fondo la calidad de los enemigos en cuya contra iba.

Estas noticias las daba Sandoval, el capitan de la colonia de Veracruz, el cual apenas supo lo resuelto que estaba Pánfilo de Narvaez á cumplir las órdenes de Diego de Velazquez, comprendió que no debia malograr las fuerzas con que contaba, y se apresuró á incorporarse con las de Hernan Cortés, aunque procurando ántes enviarle informes detallados de lo que pasaba en el cuartel general de los indios.

Sandoval era un hombre sinceramente adicto á Hernan Cortés.

Antes de abandonar la colonia llamó á dos soldados, en los que tenia plena confianza, y les habló de esta manera:

—Hemos jurado defender á Hernan Cortés, ó morir como buenos á su lado. ¿Estais dispuestos por vuestra parte á cumplir ese juramento?

—Sí, contestaron los dos hombres á quienes habia llamado á su presencia.

—Pues bien; vais á prestarme un inmenso servicio.

—Hablad.

—Necesito que penetreis en Zempoala, os informeis del número y de la calidad de las tropas que acompañan al capitan

Pánfilo de Narvaez, y sobre todo, del espíritu de que están animados.

—¿Y cómo hemos de hacerlo?

—La empresa es arriesgada, pero no imposible.

—¿Habeis ideado algun medio?

—Voy á deciroslo; todos los dias entran por la mañana en Zempoala muchos indios de los alrededores con víveres, que ofrecen á los españoles en cambio de los vidrios, abalorios y demas chucherías que tambien nosotros hemos dado.

Es necesario que os disfraceis con el escaso traje de esos indios, y que penetreis en su compañía para hacer las averiguaciones que necesito.

El color de vuestro cutis, bronceado por los rayos del sol, y vuestra habilidad para imitar á los indios, os librárá de ser reconocidos.

¿Os atreveis á llevar á cabo mi pensamiento?

—¿Podeis dudarlo? Mañana mismo entraremos en la ciudad, y averiguaremos lo que en ella sucede.

Con efecto; al dia siguiente de madrugada entraron en Zempoala con dos canastillos en la cabeza; y tan bien desempeñaron su papel, que ninguno de los españoles descubrió la añagaza.

Pudieron, pues, reconocer la ciudad, calcular el número de los soldados, y convencerse de que el capitan de aquellas fuerzas no sabia aprovecharlas con el acierto de Hernan Cortés.

Deseosos de completar su obra, quisieron averiguar las precauciones que tomaban por la noche los soldados de Narvaez, y volvieron á entrar en la ciudad al anochecer con cargas de leña.

Gracias á esta segunda explotacion, se convencieron de que apenas habia vigilancia.

Tanto fué así, que al marcharse pudieron llevar á la colonia de Veracruz un caballo, sin que nadie se lo impidiese.

Aquel caballo pertenecía al capitán Salvatierra, uno de los más favorecidos por Diego de Velazquez, y de los más empeñados, por lo tanto, en mantener la irritación de Pánfilo de Narvaez contra Hernan Cortés.

Todas las noticias comunicó Sandoval á su jefe, acreditando al mismo tiempo su pericia por haber tomado la determinación de incorporar sus fuerzas á las suyas, que separadas, apenas hubieran conseguido hacer frente al enemigo.

—¿Y á qué atribuíis ese descuido de Pánfilo de Narvaez? preguntó Hernan Cortés al capitán Sandoval.

—En mi concepto es hijo de la presunción que le domina.

—¿Se cree superior á mí?

—Al menos muestra estar seguro de vencer.

Pero de seguro tendreis amigos entre sus capitanes. La mayor parte de ellos son hombres aguerridos, que se pondrán de parte del que más valor muestre, del que se presente á sus ojos con mayor gloria.

—No me desagrada, añadió Hernan Cortés, esa presunción que atribuíis á Pánfilo de Narvaez. Nuestros soldados pueden interpretarla de dos maneras: ó como desprecio, ó como miedo.

En uno y otro caso, si es preciso, lucharán con denuedo.

En tanto que llegaban los indios que les habia prometido el cacique de Chinantla, dispuso una revista de sus fuerzas, y á los dos días de la llegada de Sandoval, en una vega próxima á Matalequita, reunió á todos sus soldados y capitanes.

Contó entre todos doscientos sesenta y seis, auxiliados por más de doscientos indios de carga.

Hernan Cortés se presentó á todos y les arengó con su acostumbrada elocuencia.

—No ignorais, dijo, el objeto de nuestro viaje, ni el motivo que nos ha reunido. Sin embargo, quiero repetiroslo, porque ahora, como siempre, estoy resuelto á no guiaros ciegamente al

combate, sino seguro de que al seguirme obráis con plena conciencia.

Diego de Velazquez ha enviado un ejército para apoderarse de mi persona.

No es, pues, contra vosotros la expedición que ha llegado á estas tierras.

Tan lejos está del ánimo del gobernador de Santiago de Cuba que alcance á vosotros mi castigo, que su mayor deseo sería perdonaros y poneros al servicio de su capitán Pánfilo de Narvaez.

Ha declarado traidores á todos los que me sigan.

A mi lado no teneis más probabilidades que la lucha, y acaso la derrota; al lado de Pánfilo de Narvaez os aguarda el perdón y acaso el premio.

Yo no os detengo; os devuelvo todas las promesas, todos los juramentos que me habeis hecho.

Estoy seguro de que aunque me halle solo, no podrán apoderarse de mí, ni conducirme vivo á la presencia de Diego de Velazquez.

Elegid: abandonadme si quereis, ó jurad por la Providencia, que tantos triunfos nos ha otorgado, morir todos conmigo antes de caer en poder de los soldados del gobernador de Cuba.

La elección no era dudosa para aquellos hombres, que estaban acostumbrados á mirar á Hernan Cortés como un ídolo.

Un solo grito resonó en el espacio.

Aquellos doscientos y tantos hombres, como impulsados por una corriente eléctrica, exclamaron:

—¡Viva Hernan Cortés!

Aquel grito resonó en el corazón del guerrero como la voz de la más dulce de sus esperanzas.

—No os engañeis, exclamó de nuevo; que el afecto que me profesais no os ciegue. Yo os perdonaré, y no os guardaré rencor; salvad vuestra vida.

—No, no, gritaron todos.

—Jurad entónces morir conmigo ó defenderme.

—Lo juramos, exclamaron.

—En ese caso, yo os prometo que haré los mayores sacrificios para conservar la paz, porque me duele en el alma tener que medir mis armas con mis hermanos.

Yo emplearé todos los medios para disuadir al capitán Pánfilo de Narvaez de su empeño; yo compartiré con él y con los españoles que le acompañan los triunfos que he conseguido.

Vosotros sereis generosos como yo, y les dareis parte tambien como yo, para que no se derrame sangre española.

Pero si desoyeran mis súplicas, si no atendieran mis razones, si queriendo obedecer á mi enemigo participando de su envidia, aguijoneados por las malas pasiones que le han movido á enviar contra nosotros ese ejército, si desoyendo la razon y la justicia, no tuviesen inconveniente en atacarnos, tambien os juro que nos encontrarán y que será difícil su victoria.

Estas entusiastas palabras dieron nuevo ánimo á los soldados de Hernan Cortés, quienes acto continuo pidieron á su jefe que les llevase cuanto ántes á luchar.

Retiróse satisfecho el caudillo; pero no del todo, porque al pasar revista á sus soldados y á sus capitanes habia notado la ausencia de uno de éstos, y se habia despertado en su alma una gran sospecha.

## CAPITULO LXXII.

En el que verá el lector que Velazquez de Leon es uno de los mejores amigos de Hernan Cortés.



UAN Velazquez de Leon era el capitán que no habia acudido á la cita, que faltaba á su puesto.

Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba, que en varias ocasiones, durante los primeros dias de la expedicion habia intentado volverse atrás y habia tomado parte en las conjuraciones que habian fraguado los descontentos para desobedecer á Hernan Cortés, no podia faltar, á no cometer una traición.

Habia más tarde en Tlaxcala, en Cholula y en México dado pruebas á Hernan Cortés de que, admirando su valor y su estimacion en lo que valia su amistad, se hallaba resuelto á desatar los lazos que le ligaban con el gobernador de Cuba, para ser fiel á su jefe y compartir con él los peligros de la conquista y la gloria del triunfo.

No le habia ocultado Hernan Cortés desde el primer momento la llegada de Pánfilo de Narvaez con tropas para prenderle.

Como á todos, le habia dejado en libertad de ir á reunirse con sus perseguidores, y Velazquez de Leon le habia manifestado que por nada del mundo le abandonaría.

¿Cuál era el motivo de su ausencia.

Era de noche.

Todos los soldados se habian retirado á descansar.